

John S. Brushwood (1920-2007)

Ignacio Trejo Fuentes

La muerte de John S. Brushwood, acaecida en mayo pasado, deja a la literatura mexicana sin uno de sus más eficaces y fervientes críticos y lectores extranjeros. En esta nota, Ignacio Trejo Fuentes aborda la obra del estudioso norteamericano, cuyos libros siguen iluminando el panorama de la literatura mexicana.

La muerte del estadounidense John S. Brushwood significa una pérdida terrible para la literatura mexicana, aunque supongo que los lectores de las nuevas generaciones poco saben de él y de su obra.

Nacido en Virginia en 1920, dedicó su vida al estudio y a la enseñanza de la literatura, y acaso la mayor parte, a la novela mexicana e hispanoamericana. Luego de estar en varias prestigiadas universidades norteamericanas se estableció en Lawrence, Kansas, donde formó una suerte de pináculo de nuestras letras: no sólo las analizó, las tradujo y las divulgó, sino que sembró el interés por ellas en muchas generaciones de estudiantes que, bajo su dirección, se convirtieron en mexicanistas, y puedo asegurar sin ningún problema que por influencia de gente como él en los Estados Unidos se valora nuestra literatura mucho más, aunque no sé si mejor, que aquí. John y sus discípulos tomaron la encomienda como un auténtico acto de amor, se dedicaron (se dedican) a ella con absoluta fe.

En su libro *México en su novela* (Breviarios del FCE, número 230), hizo un recorrido analítico por la historia de la novela mexicana, desde sus orígenes hasta la década de los años setenta, y la continuó en un volumen de título parecido (Grijalbo, 1982). Escribió asimismo *La novela hispanoamericana del siglo XX* y *La barbarie elegante*

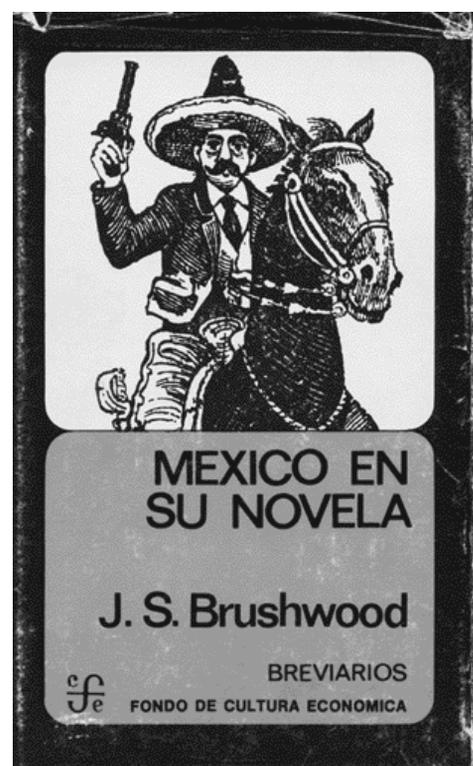
(hay una edición en la serie El Estudio de la UNAM), en el cual profundiza en la literatura nacional de la época porfirista.

Durante mucho tiempo, durante el verano se instalaba con su esposa Carolyn en las Suites Parioli de la Ciudad de México y convivía la suya en centro de operaciones: se reunía con escritores y críticos y se ponía al tanto de las novedades editoriales y de los chismes de la República de las Letras; combinaba sus lecturas extenuantes con la redacción de conferencias, con el auxilio de los propios novelistas. Luego, en su país, publicaba sus investigaciones en revistas especializadas y las reunía en libros. Pero hacía mucho más: invitaba a autores mexicanos a dar lecturas, conferencias y cursos en su Universidad, y él y su esposa tradujeron al inglés a varios (recuerdo a Sergio Galindo, a Gustavo Sainz y a Ignacio Solares).

Tuve el privilegio de ser su amigo y, de algún modo no oficial, su alumno. Cada año me reunía con él en el D.F., y le informaba de las novedades, de la aparición de algún libro de un autor que pudiera interesarle o de plano lo llevaba con ellos. Cuando dejó de venir, me ponía en contacto con sus alumnos que continuaban su labor, y me era grato introducirlos en el medio: varios de éstos han escrito tesis espléndidas sobre escritores mexicanos, y enseñan su obra en distintas universidades estadounidenses. Alguna vez

John me propuso que fuera a dar clases en Lawrence, pero preferí arreglármelas aquí.

Varias veces intenté que el gobierno mexicano le concediera, por lo menos, el Águila Azteca, la mayor condecoración que se hace a extranjeros que hacen algo (o mucho) por la cultura nacional, pero fracasé, lo que me dolió mucho, porque han entregado la distinción a quienes se ocupan de recetas de cocina mexicana, e incluso tu-





vieron el descaro de concedérsela a Bora Milutinovic, el entrenador de la Selección Nacional de fútbol por su participación en el Mundial del 86 que ni siquiera ganó. Una vez pedí el auxilio de la UNAM, de la UAM, de la Universidad Veracruzana, del Fondo de Cultura Económica, y enviamos la postulación de John al Premio Alfonso Reyes, aunque no prosperó: esa vez se lo concedieron a Miguel León-Portilla: ¡bien perdido!

Brushwood leía novela mexicana en forma impresionante, quién sabe de dónde sacaba tanta información, pues tenía acceso a libros inverosímiles; tal vez frecuentaba la biblioteca de la Universidad de Texas en Austin, la que se dice tiene el mayor acervo de la especialidad; y por supuesto tenía amigos libreros, que actuaban como gambusinos en su favor. A principios de los años ochenta, hizo las gestiones para que la Universidad de Kansas adquiriera la biblioteca

particular de Gustavo Sainz, que tenía más de veinte mil volúmenes.

Aunque era apasionado, John trataba de justificar incluso la escritura de las novelas más malas hechas en México; sabía encontrarles algo de valor, las ubicaba en su época y las ponía en relación con el resto. Tenía un olfato peculiar para saber quién llegaría lejos y quién se quedaría a medio camino: fue de los primeros en apostar por los autores de “la Onda”, y previno que Luis Spota era un narrador de los mejor dotados, en los tiempos en que Luis era menospreciado por casi todos, especialmente por la llamada “mafia” debido tal vez a la envidia, porque nadie como él —ni siquiera Rulfo o Paz— tenía tantos lectores pese a ser ninguneado por la crítica. Anunció también que Fernando del Paso sería una de las luminarias de la literatura hispanoamericana, y ya ven...

John S. Brushwood supo ganarse el respeto y la admiración de los escritores mexicanos, así fuese que algunos de ellos lo consideraran un “gringo entrometido” que “hacía ejercicios superficiales”. Pero por lo menos un par de veces el mismo Octavio Paz reconoció el valor del trabajo del norteamericano y lo puso como ejemplo a seguir por nuestros críticos y estudiosos.

La muerte de John, ocurrida en mayo de 2007, me conmovió como supongo que sacudió a centenares de escritores mexicanos, y me parece justo reclamar que el Fondo de Cultura Económica ponga de nuevo en circulación *México en su novela*, de ser posible junto con su continuación (que negocie los derechos con Grijalbo). No sería descabellado que Sergio Vela ordenara un homenaje a John Brushwood, que podría hacerse junto con la UNAM y el FCE. Y ojalá que proliferaran los “gringos entrometidos” como él: nos hacen mucha falta. **U**

Brushwood leía novela mexicana
en forma impresionante, quién sabe de dónde
sacaba tanta información, pues tenía acceso
a libros inverosímiles.